

CONFLICTO ÉTNICO EN EL MUNDO ACTUAL

Stanley J. Tambiah

De las cenizas de la Segunda Guerra Mundial ha emergido una realidad sombría y desalentadora de nuestra época. A pesar de algunos logros, tales como la erradicación de la enfermedad y la difusión del alfabetismo, en su empeño por alcanzar el desarrollo y modernización, los programas de desarrollo económico y político han desatado y fomentado una guerra civil masiva y un derramamiento de sangre interracial e interétnico, resultantes del impacto o reacción a dichos programas elaborados de buena fe pero con una mala planeación. Nuestra era ha sido igualmente testigo del aumento del autoritarismo represivo, de tipo tanto militar como democrático, apuntalado por el armamentismo occidental e incitado por eslóganes populistas y doctrinas fundamentalistas, y ayudados por la manipulación flagrante por parte de los medios masivos de comunicación cuyo alcance se ha extendido enormemente.

Ya ha menguado y con desencanto se ha apagado el optimismo de sociólogos, científicos políticos y antropólogos quienes ingenuamente predijeron la inminente llegada de la “revolución de la integración” y la inevitable desaparición de las “lealtades primordiales”, tales como el parentesco, la casta y la etnicidad, en los países del Tercer Mundo. La introducción de constituciones e instituciones democráticas, los sacrosantos derechos humanos, el sufragio universal, el sistema de partidos, la elección de los legisladores, el gobierno de las mayorías y otros, frecuentemente han dado como resultado unas extrañas malformaciones que están muy lejos de las metas trazadas de libertad, justicia, tolerancia e independencia que eran los sustentos ideológicos de la síntesis liberal y democrática de Europa Occidental y Norte América. Algo gravemente perverso se ha producido en las relaciones centro-periferia en todo el mundo y una manifestación de este malestar es la aparición de conflictos étnicos por todos lados, acompañados en muchos casos por violencia colectiva entre gentes que no eran desconocidos, sino enemigos que se conocían íntimamente. Mi libro *Sri Lanka: El fratricidio étnico y el desmantelamiento de la democracia* (1986) intenta abordar este problema en mi propio país. En este ensayo intento ocuparme de algunas de las principales cuestiones.¹

¹ El título de la conferencia que impartí en las Reuniones Anuales de la American Ethnological Society en marzo de 1988 era “Conflicto étnico y violencia colectiva”. En la primera parte de la conferencia me ocupaba de la distribución amplia del conflicto étnico en el mundo actual y acerca de “la politización de la etnicidad” que hay detrás de muchos de estos conflictos. En la segunda parte me ocupaba del fenómeno de la violencia colectiva, frecuentemente auspiciada por el conflicto étnico, y me detenía en la conducta de las multitudes étnicas como colectividades y en la trayectoria de los motines y en sus características “ritualizadas”, tal como pueden

ESPECIFICIDAD DE LA ETNICIDAD Y DE LA IDENTIDAD ÉTNICA

La identidad étnica es ante todo una identidad colectiva. Somos cingaleses malayos, ibos, tais, etc., por auto-adscripción. Es una identidad conciente y verbalizada que *substancializa* y *naturaliza* uno o más atributos –los más comunes son el color de la piel, el lenguaje, la religión, la ocupación de un territorio– y los adhiere a las colectividades como si se tratara de una posesión innata y un legado mítico e histórico. Los componentes claves de esta descripción de la identidad son las ideas de herencia, ascendencia y descendencia, lugar y territorio de origen, parentesco compartido y una combinación de aquello que puede invocarse como un derecho de acuerdo al contexto y al cálculo de oportunidades. Se cree que estas colectividades étnicas son grupos cerrados que se auto-reproducen y persisten en el tiempo.

Aunque los actores mismos, que invocan estos derechos, hablan como si las fronteras étnicas estuvieran claramente delimitadas y definidas todo el tiempo, y piensan que las colectividades étnicas son grupos cerrados que se autorreproducen, también resulta claro que desde la perspectiva dinámica y procesual hay muchas evidencias de imposturas y de los cambios de identidad, por las que nuevos miembros pueden incorporarse y asimilarse, y de cambios en las escalas y criterios de las identidades colectivas. Las etiquetas étnicas son flexibles cuando se aplican. El fenómeno de la etnicidad está constituido por dos procesos imbricados que forman una doble hélice. Uno es el de la sustancialización y reificación de las características y atributos como si se tratara de posesiones colectivas duraderas, que aparecen realísticamente como títulos mitológicos e históricos y los derechos de sangre, descendencia y raza. Esto resulta en lo que acertadamente ha sido llamado “seudo-diferenciación” (*seudo-speciation*), esto es cuando las colectividades en un determinado espacio sociopolítico se consideran a sí mismas como entes sociales separados. En el otro proceso, contrapuesto y complementario, dado que las definiciones de las fronteras étnicas han sido siempre flexibles y volátiles, los grupos étnicos se han asimilado y expandido, o en dirección opuesta se han diferenciado y subdividido en segmentos, según las circunstancias históricas y las posibilidades políticas y económicas. La identidad étnica unifica la semántica de los derechos primordiales e históricos mediante la pragmática de elecciones calculadas y el oportunismo en contextos dinámicos de competencia política y económica entre grupos interesados.

Los grupos étnicos, especialmente en los tiempos contemporáneos de conflicto étnico dondequiera, parecieran ser grupos intermedios entre las agrupaciones locales de parientes (tales como linajes, clases, parentelas y otros) y la nación como colectividad máxima. Más aún, especialmente marcados en el contexto moderno y dentro de tal contexto sobresaliendo en muchas sociedades tercermundistas, está la creciente lucidez de que las afiliaciones

observarse en los casos del sur de Asia. Esta conferencia cubría mucho terreno, pero lo que se pudo alcanzar en una presentación oral en el tiempo determinado no podría lograrse en forma convincente en una forma escrita en el espacio dispuesto para un artículo de revista. Por tal razón me he concentrado en este ensayo en la parte sustantiva de la primera parte de mi conferencia, pero me doy cuenta que la segunda parte era teóricamente más interesante, pues se refiere a un campo que es necesario entender mucho mejor de lo que conocemos hasta ahora.

étnicas y la etnicidad étnica están superando a otras divisiones sociales y superando a otras bases de diferenciación para convertirse en el principio rector y la mayor identidad para propósitos de acción sociopolítica. Este estado de cosas, por lo tanto, plantea la posibilidad de que la etnicidad (proyectada sobre las viejas bases de identidad en términos de lengua, raza, religión y lugar de origen) como base para la movilización política, desafíe la primacía para tal movilización que tenían la clase social por una parte y el estado nación por otra. Por lo tanto en un análisis general hay dos cuestiones que tienen que discutirse: hasta qué punto y de qué manera, la etnicidad modifica, incorpora y aún reemplaza al conflicto de clase como el paradigma principal para la interpretación del conflicto social y del cambio; y también de qué manera la etnicidad ha impactado aquellas aspiraciones y actividades del estado-nación y de la integración nacional que eran consideradas como las principales tareas de los recién fundados estados-nación del Tercer Mundo. No puedo abordar en este ensayo la cuestión de la clase social, pero diré algo acerca de la segunda cuestión.

LA UBICUIDAD DEL CONFLICTO ÉTNICO

Sin duda los historiadores de las ciencias sociales están concientes de la manera y las circunstancias en las cuales, en distintos momentos, cierta gama de fenómenos agrupados bajo amplias categorías tales como “clase social”, “casta”, “raza”, “inequidad de género”, “modernización”, “el choque colonial”, etcétera, se han convertido en lugares de intenso interés académico. Luego, estas inquietudes se han disipado, no solo por los resultados marginales obtenidos, pero también a causa de que los fenómenos que abordan, que reflejados en la pantalla de la historia, pierden su relevancia o se convierten en otros fenómenos que resultan más reveladores al clasificarlos bajo nuevas categorías.

Una de estas categorías, que incluye una gama de fenómenos familiares, es la de “eticidad”. Resulta significativo que el término “eticidad” haya estado en boga y haya sido estandarizado en los diccionarios, especialmente a partir de 1960. No es posible negar que las divisiones e identidades lingüísticas, nacionales, religiosas, tribales, raciales (y otras), y las disputas y conflictos que éstas provocan, son fenómenos antiguos. Pero la difusión reciente del término etnicidad “refleja una nueva realidad y su nuevo uso refleja un cambio en esa realidad” (Glazer y Moynihan, 1975:5) en el horizonte global de la segunda mitad del siglo XX tanto en el primer mundo industrializado como en el Tercer Mundo en vías de desarrollo.

Al parecer el súbito resurgimiento del término etnicidad en la década de los años sesenta y principios de los setenta del siglo XX en la literatura de las ciencias sociales, no sólo describe ciertas manifestaciones en el Tercer Mundo, sino también la emergencia de movimientos étnicos en el mundo acaudalado e industrial, especialmente en los Estados Unidos, Canadá y Europa occidental (véase, por ejemplo, Connor 1972, 1973; Esman, 1977).

Esta realidad se revela a fines del siglo XX, cuando los grupos étnicos, en lugar de manifestarse como subgrupos minoritarios y marginados en los bordes de la sociedad, en vísperas o en proceso de ser asimilados o debilitados, se han organizado como grandes componentes “políticos” y como importantes actores políticos colectivos en varias sociedades. Más aún, si en el pasado veíamos comúnmente a los grupos étnicos como subgrupos del conjunto social, hoy en día nos topamos con casos de grupos étnicos mayoritarios dentro de una entidad política o nación gozando de políticas preferenciales o basadas en la “discriminación positiva” como fundamento de su estatus mayoritario.

La primera consideración que confirma el conflicto étnico como una realidad clave de nuestro tiempo no es simplemente su ubicuidad, sino la forma de incremento acumulativo en la *frecuencia* e *intensidad* con las que éste ocurre. Examinemos una lista no exhaustiva de aquellos conflictos ocurridos desde los años sesenta del siglo XX (algunos de ellos, claro está, tienen una historia más larga):² conflictos entre anglófonos y francófonos en Canadá; católicos y protestantes en Irlanda del Norte; valones y flamencos en Bélgica; chinos y malayos en Malasia; griegos y turcos en Chipre; judíos y otras minorías por un lado y la mayoría rusa por el otro en la Unión Soviética; los ibo, hausa y yoruba en Nigeria; los indios orientales y los criollos en Guyana. A estos casos se suman las sublevaciones que empiezan a ser endémicas en años recientes: la guerra entre cingaleses y tamiles en Sri Lanka, las confrontaciones entre sikhs e hindúes y entre musulmanes e hindúes en la India, el conflicto entre chakmas y musulmanes en Bangladesh; las agresiones de los nativos de Fiji contra los indios en Fiji; los enfrentamientos entre pathanes y biharis en Pakistán, y finalmente, pero no por ello de menor importancia, el infierno en Líbano y el grave desgaste de los derechos humanos que se manifiesta en las acciones de Israel en Cisjordania y la Franja de Gaza. La explosión de una hostilidad secular entre los armenios cristianos y los azerbaiyanes musulmanes en el sur de la URSS en marzo de 1988 nos forzó a reconocer que será imposible acabar con estas erupciones y que se están extendiendo a nivel mundial.³

El uso de la fuerza y la violencia, el homicidio, los incendios provocados y la destrucción de la propiedad están asociados a muchos de estos conflictos. Los disturbios civiles han requerido la intervención de las fuerzas de seguridad: en ocasiones para sofocarlos, en otras para aliarse con los agresores civiles, y a veces para ambas cosas. Eventos de esta naturaleza han ocurrido en Sri Lanka, Malasia, India, Zaire, Guyana y Nigeria. Matanzas masivas de civiles han sido perpetradas por las fuerzas armadas en

² Estos casos ocurridos en Europa tienen una larga historia que continúa hasta el día de hoy; las protestas de los vascos en España, los croatas en Yugoslavia; otras luchas de minorías étnicas en Europa del Este; las rivalidades entre flamencos y valones en Bélgica; y el conflicto latente en Irlanda del Norte. Algunos especialistas han considerado las luchas de los negros en contra de la discriminación racial en los Estados Unidos y en Sudáfrica como parte del ámbito del conflicto étnico.

³ La URSS tiene más de 100 distintas naciones y grupos étnicos que viven en 15 Repúblicas. El conflicto étnico al que me refiero se relaciona con la región montañosa de Nagorno-Karabakh donde, aunque el 75% de la población es armenia, desde 1923 forma parte de la República Soviética de Azerbaiyán.

Uganda y Guatemala, y ha quedado registrada una enorme cantidad de pérdida de vidas en Indonesia, Pakistán, India y Sri Lanka y otros lugares.

Algunos grupos étnicos disidentes han manifestado sus pretensiones separatistas que amenazan con disolver a las entidades políticas existentes, y tales objetivos incitan a la invasión de un país por otro, por ejemplo, la invasión de Somalia a Etiopía, o a la intervención armada, como la reciente incursión de la India en Sri Lanka. Además, los conflictos étnicos también han provocado desplazamientos masivos de gente, mucha de la cual termina en campos de refugiados en países vecinos, como en África, el Medio Oriente, India, Sri Lanka y otros lugares. Finalmente, no debemos olvidar la extensa escalada de expulsiones de gente ocurrida en Uganda.⁴

La escalada de conflictos étnicos ha sido apoyada considerablemente por el amoral tráfico ilegal de armas y el libre comercio de la tecnología de la violencia, los cuales no sólo permiten que los grupos disidentes puedan resistir exitosamente a las fuerzas armadas del Estado, sino que los civiles luchen igualmente unos contra otros con armas letales. Un relato del disturbio de Karachi en diciembre de 1986 empieza de esta manera:

Lo que vimos fueron bandas de hombres armados con rifles kalashnikov atacando las casas de las comunidades en las que ellos habían vivido a lo largo de una generación, matando a hombres, mujeres y niños sin misericordia, saqueando e incendiando completamente las casas de la localidad hasta dejar todas las viviendas carbonizadas y en ruinas.

La definición clásica del Estado como la autoridad investida con el monopolio de la fuerza ha comenzado a ser un chiste de mal gusto.⁵ Luego de muchos movimientos exitosos de liberación y resistencia en varias partes del mundo, las técnicas de resistencia guerrillera constituyen ahora un conocimiento sistematizado y exportable. Aún más, el fácil acceso a la tecnología de guerra que tienen los grupos en países considerados precariamente desarrollados en los campos de la educación y la economía –ya hemos visto lo que la resistencia afgana puede hacer con las armas americanas– se complementa con otro tipo de fraternidad internacional entre grupos rebeldes, que tienen muy poco en común entre ellos salvo su oposición al estatus quo en sus respectivos países, con quienes intercambian información sobre tácticas de guerrilla y el arte de la resistencia. Grupos militantes en Japón, Alemania, Líbano, Libia, Sri Lanka e India tienen redes internacionales de

⁴ Hay diversas listas de conflictos étnicos como un fenómeno extendido en todo el mundo. Por ejemplo, véase Tägil, 1984 y Horowitz, 1985.

⁵ Bajo el titular “Los traficantes de armas en Pakistán dan gracias a Dios y a la AK-47”, The New York Times, del 8 de marzo de 1988, informaba que las siguientes mercancías se ofrecían en una tienda de armas en Darra Adam Khel, a una hora de camino al sur de Peshawar; “Además de las diferentes versiones del rifle soviético AK-47, el vendedor de armas dijo que él abastecía a las guerrillas [afganas] con municiones, a 9 centavos cada bala, así como con armamento, como lanza misiles chinos y soviéticos, pistolas de varios países, minas terrestres soviéticas, chinas y americanas, y ametralladoras de fabricación soviética principalmente.” La ruta del trasiego de armas es una saga por sí misma: desde Europa se envían las mercancías hacia Singapur, y de ahí a la Unión Soviética, desde donde son reenviadas en camión hacia Kabul.

colaboración, semejantes –o quizá de manera aún más solidaria– a los canales diplomáticos existentes entre países soberanos, siempre recelosos unos de otros y de las grandes potencias.

Otra variante ya conocida en el pasado bajo la forma de contratación de mercenarios, y que hoy ha ganado una siniestra importancia, es la “privatización de la guerra”. Ésta es la capacidad que tienen los gobiernos con objetivos geopolíticos extraterritoriales para iniciar guerras extranjeras sin involucrar a sus ejércitos, sino a grupos profesionales privados dispuestos a ser movilizados para emprender subversiones militares y políticas. La contratación de veteranos retirados del Servicio Aéreo Especial (SAS) por el gobierno de Sri Lanka para colaborar en la guerra contra los militantes tamiles es uno de los muchos ejemplos que hay. Otra variante de este fenómeno es la siguiente: la lección que los Estados Unidos aprendieron en Vietnam es ahora desplegada con entusiasmo en Nicaragua y Afganistán, donde disidentes locales están siendo armados y entrenados en el uso de armamento y en las artes de la desestabilización. En consecuencia, el asesinato profesionalizado ha dejado de ser un monopolio de los ejércitos del Estado y sus fuerzas policíacas. La internacionalización de la tecnología de la destrucción, desplegada en el terrorismo y el contraterrorismo, ha mostrado un rostro del capitalismo de libre mercado insospechado para Adam Smith y Emmanuel Wallerstein. Así, no sería exagerado decir que la ubicuidad, el incremento de la frecuencia y la intensidad del conflicto étnico, nutrido por la moderna tecnología de destrucción y divulgado por los medios masivos de comunicación, lo han convertido en un fenómeno de especial importancia a fines del siglo XX. Al encarar los recientes disturbios en el sur de Rusia, Gorbachov dijo que el nacionalismo (étnico) era “la cuestión vital de mayor importancia de nuestra sociedad” (*Time*, 1988). Y en una visita reciente a Yugoslavia, un país que tiene una larga historia de tensiones entre “nacionalidades”, declaró: “Muéstrenme un país sin problemas de nacionalismos para marcharme allá inmediatamente” (*The New York Times*, 1988). ¡Cuánto ha cambiado la conciencia histórica desde los tiempos victorianos hacia la nueva era de las computadoras y de la información instantánea! La percepción victoriana de los pueblos del mundo era, como sabemos, que se les podía distribuir en un escalonamiento ascendente de evolución y progreso, donde los europeos quedaban en la cúspide. Los otros pueblos no europeos no eran realmente contemporáneos de Occidente, sino unas metáforas arqueológicas como “supervivencias”; “la contemporaneidad de los no-contemporáneos” es una frase acuñada por Karl Mannheim usada para describir el mundo desigual y discontinuo a la vez. Edward Tylor proporcionó una excelente caracterización de esta conciencia:

El mundo educado de Europa y América estableció un modelo colocando simplemente a sus propias naciones en el extremo de una secuencia de evolución social. Los principales criterios para la clasificación eran la presencia o ausencia, el mayor o menor desarrollo, de la industria, la agricultura, la arquitectura, etcétera., la relevancia del conocimiento científico, el firme establecimiento de principios morales, la situación de las creencias y ritos religiosos, el grado de organización social y política, y así sucesivamente [Tylor, 1873, vol.1:26].

Esta perspectiva victoriana persistió básicamente hasta la Segunda Guerra Mundial. Más allá del reciente cambio en los paradigmas que reordena a los procesos históricos mundiales comunes que vinculan a los centros y las periferias en un solo campo dialéctico e interrelacionado, hay otros desarrollos específicos que han contribuido a sacudir la conciencia histórica que nos hace ver al mundo actual como una aldea global. La revolución en los medios de comunicación, que permite la transmisión instantánea de imágenes visuales y mensajes auditivos, que vincula a los centros metropolitanos con lugares lejanos, y con una extensa cobertura de los sucesos, tales como la transmisión de noticiarios (sea por NBC, CBS o ABC), nos presenta diversos eventos ocurriendo en diferentes lugares, de manera sincrónica y simultánea, tal como suceden en la realidad. Estos procesos de comunicación nos unen de manera sincrónica como testigos asociados a los eventos del mundo. Así comenzamos a pensar que los conflictos étnicos a lo largo del mundo son del mismo orden y están mutuamente interconectados: los disturbios en el Norte de Irlanda; los secuestros en Líbano; las agresiones de Israel contra Cisjordania; los bombazos en Alemania; los asesinatos de civiles en Sri Lanka; los motines contra los sikhs en Delhi; las aglomeraciones de jóvenes coreanos contra el gobierno de derecha; los ataques de los habitantes de Surinam en contra de los negros cimarrones, las emboscadas de “los contras” en Nicaragua; las tensiones explosivas entre armenios y azerbaiyanos –todos pertenecen al mundo contemporáneo invadido por la violencia. La internacionalización de la violencia y la simultaneidad con la que es posible ver sus expresiones en nuestras pantallas de televisión cuando éstas ocurren, nos convierten a todos en espectadores vicarios y copartícipes que reaccionan con sus simpatías o prejuicios.

Inicié este apartado exponiendo que la categoría “etnicidad” empezó a destacar en el discurso académico solo hasta los años sesenta. Me parece pertinente concluirlo señalando que en el libro de Frederik Barth, *Los grupos étnicos y sus fronteras*, un parteaguas publicado en 1969, su autor parece haber elaborado una importante sistematización para el estudio de la etnicidad. Sin embargo, actualmente, apenas dos décadas más tarde, éste resulta muy benévolo y sosegado para el estudio de conflictos étnicos que hoy en día se multiplican acompañados de gran violencia colectiva.

Tanto las etnografías incluidas en ese libro –que tratan sobre los fures y los bagaras del oeste de Sudán, los pathanes del este de Pakistán y los afganos, las tribus de las montañas de Laos y sus relaciones con el grupo dominante tai, los ladinos y los indios del sur de México, y los lapones y los noruegos del norte de Noruega– como el ensayo introductorio de Barth, enuncian las cuestiones de una época temprana cuando las relaciones étnicas no se expresaban, como lo hacen ahora en los años ochenta, a través de motines, terrorismo y guerra civil. Las preocupaciones del libro de Barth se centraban en la forma como se preservaban las fronteras entre los grupos étnicos, cuya ocupación de nichos y cuyo mantenimiento y persistencia a lo largo del tiempo estaban relacionados dinámicamente a las interacciones estructurales y estables y orientados por “un sistema de reglas que normaban los encuentros interétnicos”. Los problemas centrales que plantean los conflictos étnicos en la fase actual son completamente diferentes dada la intensificación de la “politización de la etnicidad” y la centralidad de los conflictos entre los miembros de un grupo y el Estado, que parece sumido en una crisis (“la crisis del estado”).

DISTRIBUCIÓN ÉTNICA EN LAS SOCIEDADES PLURALES CONTEMPORÁNEAS

Un mapa que indique la distribución y el número de grupos étnicos y sus proporciones demográficas en diferentes países contemporáneos resultaría útil para apreciar la dispersión de los conflictos étnicos. Entre otras cosas, tales distribuciones tienen una influencia crucial no sólo en los procesos que producen los conflictos, pero también en las estrategias y la eficacia de las coaliciones que tienen lugar en las sociedades plurales, coaliciones que abarcan desde las alianzas y acuerdos sólidos y de larga duración, hasta los frágiles pactos temporales frutos de la conveniencia y el oportunismo.

La siguiente lista constituye un burdo mapa que indica algunas de las combinaciones demográficas que influyen en el curso de las políticas étnicas.

1. Países que son virtualmente homogéneos en su composición étnica (donde el 90-100% de la población pertenece a un mismo grupo étnico): Japón, Corea, Bangladesh.

2. Países que tienen una sola mayoría étnica muy dominante que constituye el 75-89% de la población: Bhután, Birmania, Camboya, Taiwán. Vietnam, Turquía.

3. Países donde el grupo étnico más numeroso abarca al 50-75% de la población y hay varios grupos “minoritarios”: Tailandia, Sri Lanka, Laos, Irán Afganistán, Pakistán, Singapur y (probablemente) Nepal.

4. Países donde hay dos grandes grupos dominantes del mismo tamaño aproximado (con o sin enclaves de pequeños grupos minoritarios en medio): Malasia (donde los malayos suman como el 44% y los chinos alrededor del 36%); Guyana (ahí los indios orientales son el grupo más grande de alrededor el 50% y los criollos); Fiji (acá los fijianos y los indios son aproximadamente del mismo tamaño); Guatemala (donde los ladinos y los indígenas tienen casi igual número).

5. Y nuestra última categoría corresponde a los países verdaderamente pluralistas, compuestos por muchos grupos étnicos donde ni uno o dos son dominantes, ni todos los grupos están activamente involucrados en las políticas étnicas. Los ejemplos son los siguientes: Nigeria (donde los ibo, yoruba, hausa y fulani son las entidades principales) y países como Indonesia, las Filipinas y la India, donde las poblaciones son muy variadas. Sin embargo, en estas sociedades complejas, las políticas étnicas internas pueden adoptar modalidades duales al interior de las regiones, como es el caso de los sikhs frente a los hindúes en Punjab, y las tribus montañosas aborígenes frente a bengalíes en Mizoram (India), y los cristianos frente a los moros en las Filipinas.

En esta categoría podemos incluir a la Unión Soviética. Se señala que en la URSS hay más de cien nacionalidades distintas y grupos étnicos viviendo en 15 repúblicas, y las tensiones étnicas pueden observarse mejor en términos regionales.

Horowitz (1985: 30-35) ha subrayado una importante distinción que afecta la naturaleza y la dinámica del conflicto étnico: esto es, si tales grupos están jerarquizados (ordenados escalonadamente según criterios asimétricos) o si bien se trata de grupos paralelos separados por divisorias verticales.

Algunos ejemplos de grupos étnicos estratificados en sus sociedades son Ruanda (particularmente a partir de 1959), Zanzíbar (en 1966) y más discutiblemente los casos de Etiopía y Liberia. Sin embargo, la categoría de países que contienen grupos étnicos sin estratificación es la más sobresaliente para un estudio comparativo, tal como el caso de los malayos y los chinos en Malasia; los cingaleses y los tamiles en Sri Lanka; los indios orientales y los criollos de Guyana; los ibo, huasa, fulani y yoruba en Nigeria, los filipinos cristianos y los moros en Filipinas y los tais y los musulmanes en Tailandia.⁶

Aunque estos grupos étnicos contendientes se hayan en desventaja numérica en términos de su peso demográfico, sin embargo no reconocen tal desigualdad en términos sociales, culturales y étnicos. El conflicto étnico-político en estas sociedades tiene ciertos rasgos comunes.

LA POLITIZACIÓN DE LA ETNICIDAD

El asunto central que discuto en el resto de este ensayo es el de la transición de las políticas del estado-nación al de las políticas del pluralismo étnico. En esta coyuntura resulta pertinente tomar como punto de referencia el libro *Comunidades imaginadas* de Benedict Anderson, para resaltar sus importantes contribuciones y para trascenderlas al considerar nuevos desenvolvimientos.

Estamos familiarizados con la tesis de Wallerstein según la cual el capitalismo mundial desde sus inicios en la Europa del siglo XVI se ha extendido como una marejada que se inicia en las capitales metropolitanas y termina inundando gradualmente las zonas periféricas. La teoría de la dependencia del capitalismo mundial en todas sus variaciones (Gunder Frank, Paul Baran, Emmanuel Wallerstein, Samir Amin, Claude Meillassoux) eventualmente propone una perspectiva monolítica del proceso histórico a escala global. Tal visión, sin embargo, deja fuera a otros procesos paralelos de diferenciación, configuración y fragmentación del mismo mundo en términos de “estados-nación”. La aportación más relevante del libro de Anderson es justamente que subraya este proceso de cómo el “estado-nación” y el “nacionalismo”, como ideas centrales, podían y serían fácilmente recuperadas y reproducidas por las elites coloniales y poscoloniales del Tercer Mundo. En el contexto de la experiencia colonial, la “conciencia histórica” del siglo XIX europeo fue transmitida a las elites locales y absorbida por ellas de los textos escolares diseñados para la enseñanza en las escuelas coloniales.

Anderson pretende identificar el auge del desarrollo de la conciencia nacional en Europa a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, como un fenómeno inspirado en las revoluciones de las lenguas vernáculas, seguidas luego, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, por la difusión de un manipulado “nacionalismo oficial” por parte de las

⁶ En algunos de estos países —en Tailandia, Malasia, Filipinas—, tribus montañosas o minorías “aborígenes” que son consideradas “inferiores” por su estatus relativo a las comunidades dominantes que pretenden imponerles ciertas políticas perjudiciales para su sobrevivencia.

monarquías europeas, que identificaba a la nación con las lenguas vernáculas. Esto conduce a Anderson a comprender que las políticas de los nuevos estados para la construcción de la nación en el Tercer Mundo consisten en

un entusiasmo popular nacionalista genuino y a la vez una sistemática y maquiavélica publicidad de la ideología nacionalista a través de los medios masivos de comunicación, del sistema educativo y de las regulaciones administrativas, entre otros. A la vez, esta mezcla de nacionalismo popular y oficial es el producto de anomalías y conflictos creados por el imperialismo europeo: las bien conocidas arbitrariedades en la traza de las fronteras y la imposición de elites o *intelligentsias* bilingües precariamente colocadas al frente de poblaciones heterogéneas (1985:104-105).

La secuencia establecida por Anderson podría llevarse aún más lejos. Las políticas de los nuevos estados independientes, estructuradas inicialmente en términos de políticas e ideologías del “estado-nación”, gracias a varios movimientos dialécticos y diferencias internas, han sufrido modificaciones que han dado lugar a una nueva fase de dominación política mediante la competencia y los conflictos de las “colectividades étnicas” que cuestionan los dogmas del nacionalismo y del “estado-nación”. Ciertamente, las políticas de la etnicidad son resultado de un entretrejo y choque de los dos procesos globales mencionados al principio: el capitalismo mundial y su funcionamiento a través de corporaciones multinacionales, y la ampliación del proceso de construcción nacional a las colonias liberadas ahora gobernadas por elites o *intelligentsias* que tienen que reaccionar de algún modo ante sus fragmentadas clientelas civiles. Estas interacciones de procesos globales tienen ciertos efectos homogeneizadores, pero al mismo tiempo generan diferenciación y oposición en las nuevas entidades políticas y se expresan en conflictos étnicos.

He adoptado las frases “politización de la etnicidad” y “etnificación de la política” como expresiones que sintetizan el carácter de algunos de los principales problemas que desata la oleada actual de conflictos étnicos. Como Tägil ha señalado, el problema central que hay que explicar es “porqué la etnicidad empieza a ser politizada con mayor facilidad en la sociedad moderna y en aquellas sociedades en el umbral de la modernización, en comparación con las fases más tempranas de la historia” (Tägil, 1984:36). El contexto actual de etnicidad politizada marca una fase diferenciada en la historia política y económica de las nuevas naciones independientes. Si tomamos la herencia colonial como nuestro punto de partida es posible identificar *grosso modo* tres fases consecutivas y superpuestas.

EL LEGADO COLONIAL

Comencemos con la experiencia colonial misma, el raj británico en la India, Sri Lanka, Birmania, Malasia, el gobierno holandés de las Indias Orientales, el gobierno francés en Argelia e Indochina, y así sucesivamente. La experiencia colonial por supuesto fue

multifacética y compleja; pero para nuestro tema del conflicto étnico, resultan relevantes los siguientes rasgos del legado colonial.

Las potencias coloniales con mucha frecuencia reunieron gentes y territorios en entidades mayores que las que existían anteriormente, a veces en forma arbitraria, y en otras ocasiones intentando acomodar a los agrupamientos sociales y demográficos en el terreno. Más tarde, todo el proceso se fue complicando por la rivalidad geopolítica entre las potencias imperiales que formulaban reclamaciones sobre sus propios territorios. A pesar del emperador Asoka y el Imperio Mogol, India, consiguió su máxima expansión bajo el gobierno inglés; lo mismo pasó con Sri Lanka, Malasia, Birmania, Nigeria, Kenya y otras más. El control holandés sobre Java y Sumatra y las demás islas fue igualmente una unificación de la que antes no se había tenido noticia.

En formas complejas, las políticas internas de los poderes coloniales simultáneamente consolidaron las diferencias existentes y propiciaron que grupos de gente, socialmente distanciados originalmente, interactuaran entre sí en áreas comunes. Mientras que las potencias coloniales, como los británicos, codificaron como “regionales”, “tribales”, “de castas” o “comunales” aquellos conjuntos de costumbres relativas al matrimonio, la herencia, las prácticas religiosas y así sucesivamente, sin mayor interferencia en tales diferencias socioculturales, ellos sí introdujeron y estandarizaron para toda la colonia los códigos legales y reglamentos de tipo comercial y penal. Este proceso de estandarización y homogenización iba de la mano con las políticas e inversiones económicas imperiales, que arrastraron a las colonias de manera dependiente hacia la órbita del capitalismo mundial. Las políticas relacionadas con los impuestos y el comercio preferencial, y las inversiones adquirieron la forma de plantaciones, casas comerciales (agencias), que a su vez estimulaban aquellos empleos en los que se ocupan abogados, ingenieros, médicos (de la medicina occidental), contadores y similares.

Estas políticas particularizantes y estandarizadoras son una espada de doble filo, utilizada en interés de ambos, tanto del desarrollo y el progreso, como del principio de divide y gobernarás. En los distintos contextos coloniales tropicales, desde las Indias Holandesas hasta Jamaica, produjeron variedades de “sociedades plurales” que se convirtieron en el objeto de análisis de J. S. Furnivall y de M. G. Smith.⁷ Acerca de los procesos de ampliación de horizontes territoriales y del subgrupo de amalgamas que tuvieron lugar en Asia y África en el periodo colonial, Donald Horowitz ha subrayado en su reciente y muy completo e impresionante trabajo, *Ethnic Groups in Conflict* que:

⁷ En su libro *Colonial Policy and Practice* (1948: 304-305), Furnivall define a la sociedad plural como aquella formada por “diferentes secciones de la comunidad que viven lado a lado, pero separadamente, dentro de la misma entidad política... Cada grupo tiene su propia religión, su propia cultura y lenguaje, sus propias ideas y costumbres. Como individuos se juntan pero solamente en el mercado, cuando compran y venden. Aún en la esfera económica hay una división del trabajo de acuerdo a criterios raciales. Los nativos, los chinos, los indios y los europeos tienen todos diferentes funciones, y en el seno de cada grupo, sus sectores tienen ocupaciones particulares.” Para tener una muestra de las perspectivas de Furnivall y de Smith, véase Furnivall 1939, 1948; Smith 1969a y b.

Los colonos frecuentemente crearon territorios a partir de conjuntos de aldeas y regiones, apenas entrelazadas... Al fusionar en uno solo los ambientes locales, surgieron muchos nuevos grupos, entre ellos los malayos en Malasia, los ibos en Nigeria, los kikuyos en Kenya, los bengalíes en Zaire y los moros en Filipinas. Algunos de dichos grupos eran creaciones artificiales de las autoridades coloniales y de los misioneros, que catalizaron la lenta fusión de pueblos relacionados para lograr entidades coherentes [1985:66-67].

Es interesante que los malayos, por ejemplo, que claman a voz en cuello que ellos son los bhumiputra o hijos de la tierra, sean el resultado de una fusión no solo del mayor componente de Malasia pero también de varios grupos de sitios tan lejanos como Sumatra, las Célebes, Borneo y Java. La pretensión misma es una identidad muy emotiva y amplia elaborada de cara al enorme número de inmigrantes chinos que se han abierto paso entre ellos (véase también Nagata 1979).

LAS TRES FASES DE LA ERA DE LA INDEPENDENCIA

Me gustaría delinear tres fases de la historia política de un número de naciones del Tercer Mundo como la India, Sri Lanka, Malasia, Guyana y Nigeria, que tienen en común haber obtenido su independencia justo al final de la Segunda Guerra Mundial. Los rasgos característicos de cada fase quedaron asentados en términos de la retórica ideológica y las distintas categorías peculiares usadas por comentaristas políticos y académicos. (No pretendo que estas fases sean tomadas como rupturas discontinuas sino simplemente que muestren los diferentes énfasis).

1. La primera fase es el proceso mismo de descolonización cuando los poderosos imperios occidentales, después de la Segunda Guerra Mundial, “transfirieron el poder” a las elites locales. Mientras que el periodo colonial creó ciertos desplazamientos, la descolonización estuvo precedida y acompañada por la violencia cuando, como en el caso de Argelia, la colonia peleó una “guerra de liberación”. En otras colonias, como Sri Lanka y Birmania la transferencia del poder fue mucho más pacífica pero no enteramente sin recurrir a movimientos de desobediencia civil y otras formas de resistencia, como por ejemplo, aquellas desplegadas por el Congreso Nacional Indio en la India o por las guerrillas comunistas en Malasia y China.

2. La segunda fase, que abarca los últimos años de la década de 1950 y cobra fuerza en la década de 1960, estuvo caracterizada por el optimismo e incluso por enérgicos reclamos hechos al interior de estas nuevas naciones independientes con objetivos tales como “la construcción nacional”, el fortalecimiento de “la soberanía nacional”, la creación de “la cultura y la identidad nacional”, y el búsqueda de la “integración nacional”. Las consignas de este periodo subrayaban la dimensión “nacional” y restaban importancia y diluían la diversidad social interna, en favor de la primacía de los estados-nación como las unidades acreditadas por las Naciones Unidas y el moderno sistema mundial. De manera interesante, el libro *Los condenados de la tierra* (1968) de Franz Fanon pertenece a esta fase con su

celebración programática de la “conciencia nacional”, la “cultura nacional” y la “literatura nacional” en los estados africanos, recientemente liberados de las cadenas del colonialismo. Fanon proclama que “pelear por la cultura nacional significa en primer lugar luchar por la liberación de la nación, que es la piedra angular que hace posible la construcción del edificio de la cultura” (1968: 233).

Esta fase de la construcción optimista de la nación fue representada como el trabajo de la “alianza nacional de gobiernos”, cuyos ejemplos fueron Nehru presidiendo un monolítico Partido del Congreso, Cheddi Jagan, en el este de Asia y L. F. S. Burnham, un criollo, quien a principios de la década de 1950 encabezó el Partido Popular Progresista en Guyana; Tengku Abdul Rahman presidiendo la Alianza Malaya igualmente en la década de 1950, y D. S. Senananyake en la misma época sobre el Partido de la Unión Nacional en Ceilán. Parecía que los partidos políticos estaban dispuestos a colaborar en vez de enfatizar los intereses que los distinguían y los de sus electores.

Esta fase también estuvo marcada por confiadas expectativas en la expansión de los horizontes económicos, sustentadas en una fe enorme en la planeación y el crecimiento económico, así como en la multiplicación de los “planes quinquenales” financiados con ayuda extranjera, cuyo suave proceder repercutiría en un mundo seguro para el capitalismo y la democracia.

3. Después de 1960, la erupción de los conflictos étnicos puso a prueba esta fase expansiva y optimista de la construcción nacional; la cuestionó vigorosamente y la puso en peligro, e incluso la revirtió de manera desequilibrante y a veces desconcertante. Los cuestionamientos han girado alrededor de asuntos como la lengua, la raza, la religión y el territorio. En consecuencia, ha habido un cambio de lemas y conceptos. “Grupos étnicos” y “conflicto étnico” son las categorías emergentes para hablar de estos fenómenos. Los términos “sociedad plural”, “restitución de poderes” [*devolution*], “territorios tradicionales”, “autodeterminación” –palabras viejas que han adquirido nuevos apremios y fuerza– han empezado a configurar el debate político y los análisis académicos. La autoridad política central, el estado, que en la fase previa de la construcción de la nación y el crecimiento económico era identificado como el actor protagónico y la autoridad intelectual necesaria para dirigir y controlar el destino y la trayectoria histórica de la nación, después de años de intensificadas divisiones étnicas y conciencias pluralistas, ahora es convidado a ser un “árbitro” en la adjudicación de las diferencias para permitir que las culturas y sociedades regionales puedan alcanzar sus “auténticas” identidades e intereses.

LAS POLÍTICAS DE ETNICIDAD

Parte de la respuesta acerca de cómo se politizó la etnicidad la encontraremos dando seguimiento cómo una gran cantidad de gente en las nuevas entidades políticas han adquirido o adquirieron conciencia de su identidad étnica y cómo también ellos se han motivado como colectividades para involucrarse en la actividad política. La toma de conciencia de que la identidad étnica colectiva puede usarse y manipularse para la actividad

política está por supuesto relacionada con las crecientes posibilidades de contacto a través del mejoramiento de los transportes, de la rápida adopción y despliegue de los medios de comunicación modernos, y de los elevados índices de educación y alfabetismo y la difusión de lo que Benedict Anderson ha llamado “el capitalismo impreso”. Otra parte de la explicación descansa en la proliferación y popularización de los escenarios callejeros y espacios públicos para las aglomeraciones de gente, que van desde movilizaciones políticas, elecciones y referendos, hasta huelgas, manifestaciones, paros y protestas populares. Todas estas posibilidades abiertas a la actividad política en gran escala tienen lugar paralelamente a las explosiones demográficas en los países del Tercer Mundo, la migración de gran número de gente rural hacia las ciudades y centros metropolitanos, y hacia polos planeados para el establecimiento de industrias o esquemas de colonización campesina. Otro factor significativo es la proliferación de escuelas y universidades que proporcionaron sitios, como ocurrió con las fábricas en la historia del desarrollo industrial, para la movilización y aglutinamiento de activistas inclinados a involucrarse en la política.

Uno de los escenarios para la politización de la etnicidad es la evolución del estado de bienestar en las economías industriales más avanzadas del mundo, y el advenimiento del estado socialista o de estados comprometidos con las políticas de bienestar en el Tercer Mundo en vías de desarrollo. En ambos contextos, el estado se ha convertido en “un árbitro clave y directo del bienestar económico y del estatus político y de todo lo que resulte de ello” (Glazer y Moynihan 1975:8).

Los estados del bienestar y los estados socialistas resultaron particularmente inclinados a dar cauce a las demandas étnicas. En un sistema gubernamental democrático se presentan muchas situaciones a nivel municipal, regional y central donde los miembros con mentalidad de tipo étnico se pueden movilizar y plantear demandas a nombre de grupos relativamente pequeños, pero suficientemente conspicuos o visibles a la vez, que logran sensibles ventajas de las concesiones obtenidas.

La “eficacia estratégica” de la etnicidad (tal como la formulan Glazer y Moynihan [1975:10]) para demandar recursos al estado moderno inevitablemente refuerza y preserva a la vez a la maquinaria política étnica –a las redes patrón/cliente, al caciquismo y a las estructuras paternalistas– a través de las cuales se distribuyen los favoritismos y las concesiones. Una parte del dinero destinado a los servicios sociales y bienestar va a parar a las manos de aquellos que lo reparten, incluso más que la parte destinada a los beneficiarios.

Estas consideraciones son aplicables en general, pero hay una cadena especial de circunstancias que conduce en particular a las democracias del Tercer Mundo a orientar sus políticas por la etnicidad. Cuando se descolonizaba el Caribe, en muchos países de África y del Sur y el Sureste Asiático, el reconocimiento de la independencia y la transferencia del poder se inscribieron en las constituciones, redactadas en términos de los principios occidentales de los “derechos humanos”, las libertades civiles y los procedimientos e instituciones occidentales del “gobierno representativo”. Desde el punto de vista occidental, estas cartas magnas redactadas con el lenguaje político secular de los derechos humanos y del gobierno representativo, conferían a las masas rurales y a quienes migraban hacia las ciudades en expansión, una masiva dosis de derechos y la oportunidad de involucrarse en

los procesos políticos a un nivel nunca antes experimentado. Aquellos que a partir de una condición “pasiva” se convirtieron rápidamente en actores políticos y votantes, con poder para elegir a los políticos y colocar a los partidos en el poder, descubrieron que ellos también podían solicitar y exigir recompensas, reformas y privilegios a sus representantes electos, que por algún tiempo serían la autoridad política “central”.

Pero cada vez iba quedando más claro que la supuesta constitución secular y las instituciones del gobierno representativo, a partir de los principios de los derechos humanos, y la voluntad de los ciudadanos (surgidos del principio “un hombre, un voto”) para formar partidos en función de intereses competitivos, no estaban produciendo los resultados esperados. Por el contrario, las colectividades, que podríamos llamar grupos étnicos, se habían convertido en actores políticos que buscaban alcanzar o restaurar mediante la discriminación positiva [*affirmative action*] ciertos privilegios y oportunidades de vida en nombre de la *equidad étnica* (o *racial*). Más que la libertad y la igualdad del individuo, la equidad étnica es el principio fundamental de la democracia participativa en muchas sociedades plurales y multiétnicas de nuestro tiempo. Ésta es la experiencia de la India, Sri Lanka y Malasia, donde una vez formuladas las demandas políticas con base en la filiación étnica para la distribución de prebendas económicas, oportunidades ocupacionales y privilegios educativos, la norma de “la igualdad de oportunidades” es desplazada progresiva e irreversiblemente por “la igualdad de resultados”.⁸ Es muy común que la discriminación positiva y la distribución de cuotas a favor de aquellos con estatus bajo o rezagado no produzca resultados rápidamente en términos de igualdad de oportunidades, ni de mayor acceso a las escuelas e instituciones educativas. Por ello, al rato los grupos desfavorecidos se inclinan hacia la igualdad de resultados, por decreto si fuera necesario, y a favor de políticas redistributivas directas para equilibrar los ingresos, y mejorar las condiciones de vida de todo el grupo. Pero la igualdad de resultados y las políticas redistributivas son esencialmente juegos suma cero, donde claramente hay ganadores y perdedores. Inevitablemente estos odiosos resultados conducen a una competencia y conflicto político más abiertos. Al final, como resultado de la aparición de crecientes expectativas, y en la medida en la que ciertos segmentos tienen más éxito para hacer valer sus derechos políticos para votar, para elegir a los diputados, para reclamar la rendición de cuentas, éstos se empeñarán en reivindicar derechos sociales del estado, tales como el empleo, un adecuado servicio de salud, el seguro de desempleo y otros más.

En un universo expansivo de políticas redistributivas, la equidad de oportunidades y recompensas para todo un grupo podrían ser los lemas tanto de las mayorías como de las minorías en una sociedad plural. El lenguaje de las demandas se describe mejor como *reivindicaciones de grupo étnico* con base en las equiparaciones y carencias relativas. Las demandas reivindicativas de equiparación de recompensas se expresan en la lucha por establecer el uso privilegiado de una lengua, o el uso adicional de alguna otra lengua hasta entonces excluida, o vía la imposición de cuotas especiales que abran un acceso preferente a la educación superior, a las oportunidades de trabajo, y a determinadas actividades comerciales. La atmósfera “suma cero” en la que se resuelven tales demandas

⁸ He tomado estas expresiones de Bell 1975: 146-147.

reivindicativas revela una cosmovisión estrecha que emerge con vehemencia precisamente al tiempo que ocurren o tienen lugar grandes migraciones de gente hacia los centros urbanos y hacia esquemas de colonización campesina y cuando se desarrollan los programas de educación y de alfabetización. El llamado a un esfuerzo nacional para aumentar la producción que incrementaría las oportunidades y las recompensas para todos, que evitaría y mitigaría en el futuro la necesidad de establecer cuotas étnicas, cae en oídos sordos en parte porque el empleo y los niveles del ingreso aumentan sólo lentamente y persisten las disparidades en la distribución del ingreso y además porque la equidad redistributiva siguiendo criterios étnicos es una demanda política más vigorosa que promete rápidos resultados materiales. Un weberiano estaría dispuesto a reconocer que diferir el disfrute de las gratificaciones actuales en función de beneficios futuros, la genuina ética del capitalismo, es mucho menos efectiva como estímulo de masas que la exaltación étnica inmediata.

En aquellos países comprometidos con la democracia participativa después de su independencia, y cuyo proceso electoral funciona como un mercado político, se pueden esbozar diversos escenarios asociados a las coyunturas y trayectorias del conflicto étnico, según las distribuciones étnicas y su situación relativa. Los factores más relevantes son cuántos grupos participan, sus proporciones demográficas, sus lugares de residencia, sus peculiaridades culturales, legales e institucionales, sus niveles económicos y educativos, su grado de participación en sistemas institucionales comunes y de su membresía común en organizaciones corporativas.

Para una discusión sistemática deben invocarse los diferentes escenarios y trayectorias correspondientes al conflicto étnico, refiriéndonos a un marco interpretativo⁹ que recoja las preguntas acerca de cómo se perciben los grupos étnicos en la arena cuando adquieren, preservan y protegen lo que consideran como sus legítimos derechos de grupo: (1) aquellas capacidades y “capital simbólico”, tales como la educación y el empleo, (2) las recompensas materiales tales como los ingresos y las mercancías, y los privilegios suntuarios que les permiten estilos peculiares de vida, y (3) “honores” tales como títulos y puestos, marcadores del orgullo étnico y nacional, y la estima y preferencias religiosas y lingüísticas. Estos honores son reconocidos por el estado y/o otras autoridades que son los principales árbitros del estatus o rango. En esta versión de los envidiables y comparables “derechos de grupo”: el poder, el prestigio, las ocupaciones, los bienes materiales, los juicios estéticos, los buenos modales y los valores morales, y las convicciones religiosas, todos vienen juntos y naturalmente entrelazados unos con otros.

La “religión” no es sólo una cuestión simplemente de creencias y ceremonias, pues también tiene resonancias sociales y políticas; el “lenguaje” no es un mero instrumento de comunicación, pues tiene repercusiones para lograr ventajas en educación, el empleo y la legitimidad histórica de algún privilegio social. Tenemos que incluir el campo de la actividad política, donde, como Horowitz señala, “los asuntos fundamentales, tales como la ciudadanía, el sistema electoral, la designación de las lenguas y la religión oficiales, los

⁹ Esta proposición combina conceptos tomados de los escritos de Amartya Sen, Pierre Bourdieu y Donald L. Horowitz.

derechos de los grupos a “puestos especiales” en la entidad política, más que establecer un marco de referencia para la actividad política, se convierten en los asuntos recurrentes de la política” (Horowitz 1985:187). La búsqueda del valor del grupo, del honor de grupo, de la revalorización del grupo y otras más son el centro focal de las políticas de la etnicidad, y son los ingredientes claves en las espirales de intensos sentimientos y violencia explosiva que les sobrevienen.

Aunque son partes de un panorama más grande, y pueden presentarse como si plantearan diferentes asuntos y diferentes resultados, puedo imaginar tres escenarios que se entrecruzan y cubren una amplia gama de los principales conflictos étnicos que ocurren en tiempos recientes:

1. El primero es especialmente aplicable a las economías de los países colonizados por los británicos o por los holandeses en África occidental, África oriental, el Caribe, Indonesia, y otros, la imagen de aquella sociedad plural que Furnival y Bocke, entre otros deseaban caracterizar. En tales sociedades, ciertos grupos étnicos pueden ocupar nichos económicos y sociales especiales como los mercaderes y comerciantes (los libaneses y sirios en África occidental, los indios en Uganda, los chinos en Malasia e Indonesia, y los hindúes en Fiji) como trabajadores de las plantaciones (trabajo forzado bajo contrato de los hindúes en Guyana y Sri Lanka), o como banqueros y prestamistas (los nattukottai y chettiars en Birmania y Ceilán). Además especialmente en las capitales coloniales había un mosaico más complejo: ya que ciertos oficios, ciertas artes, ciertas actividades bancarias y crediticias locales eran un monopolio de comunidades tanto nativas como extranjeras. La ocupación de nichos y la especialización en ciertas actividades tienden a forjar solidaridades de clase que cortan las líneas étnicas. La división del trabajo étnico golpea las actividades de la clase obrera y los vínculos asociativos de la clase media.

Este legado colonial tiende a fosilizar las expectativas de “titularidad” a privilegios colectivos étnicos. Los gobernantes coloniales ayudaron a crear estos mapas políticos cuando distribuyeron rangos honoríficos, según sus cálculos de cuáles grupos deberían ser favorecidos, protegidos y promovidos. Pero estas especializaciones y expectativas étnicas que han persistido hasta la época independiente van a generar conflictos étnicos cuando surjan determinadas tensiones que pongan en peligro el mantenimiento de las barreras. Una de estas tensiones ocurre cuando la importación de una clase de mercancías manufacturadas del occidente industrial amenaza a las artesanías locales o vuelven redundantes e innecesarios los servicios que presta un grupo. Un desplome de las riquezas puede poner en riesgo la habilidad del grupo para conseguir los bienes básicos de consumo para la vida cotidiana, y entonces podía enfrentarse al hambre en un contexto mercantil de abundancia y al declive del estatus en un ambiente político de desarrollo ampliado. Pero la más severa erosión del equilibrio entre los nichos proviene de los mismos gobiernos de los nuevos estados que al intentar romper lo que consideraban como monopolios privilegiados de los enclaves étnicos, pues tachan al reclutamiento y el aprovisionamiento de servicios como prácticas discriminatorias. La ordenanza de nattahottais y chettiars en Rangún, y la expulsiones de los mercaderes hindúes en Uganda son ejemplos de la forma como las nuevas autoridades civiles invadieron lo que consideraban como ricas reservas para su enriquecimiento y el de sus seguidores. Así las minorías especializadas foráneas son

vulnerables a las políticas de expulsión forzada y a las expropiaciones gubernamentales que buscan favorecer los intereses de minorías “nativas” o indígenas.

2. El segundo escenario está relacionado no tanto al desplome de la riqueza de las comunidades bien establecidas, sino a las crecientes expectativas y capacidades de las minorías marginales de la periferia que se encuentran bajo la dominación de mayorías bien colocadas en el centro, y a veces descubren adicionalmente que la mayoría avanza hacia sus territorios en la frontera.

En Birmania, Tailandia, Laos y el norte de la India una forma abreviada para referirse a esta colisión o choque es la de “los montañeses” o “las tribus de las montañas” contra “la gente del valle”. Esta polarización conlleva otros contrastes entre los estilos agrícolas (sedentarios versus tumba y quema), en las lenguas escritas versus las lenguas orales, entre quienes se adhieren al hinduismo o al budismo o a cultos animistas. A veces estas comunidades satélites han buscado progresar mediante los apoyos de los misioneros cristianos, o bien en las nuevas entidades políticas poscoloniales, han exigido la “discriminación afirmativa” según la proporción de su peso demográfico, para su inclusión en las tareas de la construcción del estado-nación y en los programas educativos de los centros dominantes. Estas minorías étnicas/tribales se inclinan a ser separatistas en potencia y como lo señala Horowitz “la mayoría de los separatistas pueden caracterizarse como grupos atrasados en regiones atrasadas” (Horowitz 1985:36). Ejemplos de estos grupos son los karens y los shans en el Norte de Birmania, los moros (musulmanes) en las Filipinas, los nagas y los mizos en la India, y los kurdos en Iraq.

3. El tercer escenario representa al tipo de conflictos y tensiones étnicas al que me refiero específicamente en este ensayo. He utilizado algunos conceptos acuñados por M. G. Smith (1969) para caracterizar a los conflictos étnicos.

En una situación en la que siempre hay suficiente “pluralismo cultural” (las diferentes poblaciones tienen como distintivos el vestido, las costumbres matrimoniales y otros), y suficiente “pluralismo social” (las poblaciones étnicas tienen aproximadamente la misma posición en la entidad política como un todo y para ciertos propósitos se aglutinan en corporaciones y colectividades, como partidos o congregaciones religiosas), las jugadas políticas pueden ser iniciadas por una población étnica demográficamente dominante para conseguir ventajas sobre los grupos minoritarios y para introducir criterios de discriminación sociopolítica o religiosa y asimetrías, e integrar de esa manera a los grupos a la entidad política sobre bases desiguales. Smith ha argumentado que los procesos de integración desigual conducen al “pluralismo estructural” como resultado. Las sociedades plurales manifiestan su incorporación desigual a la entidad política mayor cuando algunas de sus colectividades están sometidas formas de distribución desigual de derechos legales, políticos, educativos y ocupacionales y consecuentemente quedan reducidos a un estatus subordinado.

La “ciudadanía de segunda clase” como una categoría social identificada por discapacidades y descalificaciones comunes, sean éstas raciales, religiosas, económicas o de otro tipo, es simplemente un modo de integración desigual. Las convocatorias comunales, las concesiones de propiedad limitada y arreglos semejantes también

expresan y sostienen la integración desigual de algunas colectividades en una sociedad más amplia. Tales mecanismos se desarrollan generalmente para fortalecer el poder del segmento gobernante (Smith 1969:430).

Sudáfrica y Guatemala son casos extremos y notorios de integración asimétrica. Pero hay formas más benignas: los malayos, los cingaleses en Sri Lanka, son ejemplos actuales de las exigencias de las mayorías a una “discriminación afirmativa” defendida a partir de la presión demográfica, y legitimada sobre la base de invocaciones mito-históricas de la raigambre a su terruño. Estas pretensiones llevan inevitablemente a un pluralismo estructural asimétrico y las minorías irremediablemente las enfrentan y resisten. Un ejemplo ilustrativo de este clamor especial a favor de una mayoría dominante es el texto político del Primer Ministro Mahathir bin Mohamad, titulado *El dilema malayo* (1970).

Dichos intentos de subordinación de grupos iguales que anteriormente no habían sido jerarquizados y que reunían considerables capacidades y habilidades y de integración de una manera desigual a la entidad política como ciudadanos inferiores, provocan en efecto venganzas y reacciones. Alertados por las amenazas de discriminación y subordinación y en primera instancia luchando por la integración a la entidad política en términos de igualdad, cuando su situación empeora, como ocurrió en Sri Lanka, ellos pueden gravitar hacia la política de la descentralización del poder y más aún al separatismo y a la secesión. Horowitz enuncia correctamente la opción de esta manera: “Mientras los grupos jerarquizados forman parte de una sociedad simple, los grupos no jerarquizados constituyen una incipiente sociedad compleja” (1985:31).

Permítanme concluir este ensayo volviendo al tema general aplicable a los tres escenarios que he esquematizado. La actual abundancia de conflictos étnicos, sea que los veamos negativamente como subversivos y destructivos del estado o positivamente como tendencias hacia la política realista descentralizadora, coincide con una creciente conciencia acerca de los estrechos horizontes económicos y de la confrontación política. Con el desarrollo económico, muchas cosas se han distorsionado; los deteriorados términos de intercambio impuestos por el Occidente industrializado; los cuellos de botella; el subdesarrollo de la agricultura y la emigración a las ciudades; las crecientes disparidades en la distribución del ingreso; el aumento del desempleo para los muchos que han aprendido a leer y escribir; el empobrecimiento palpable de las clases más bajas de las ciudades; la pobreza de las mujeres; la consolidación de intereses burocráticos; la corrupción entre políticos encumbrados. Así la incidencia de “la teoría de la dependencia” en las relaciones económicas del capitalismo mundial viene a coincidir con el desencanto con el “estado nación” y la “democracia burguesa” en la política interna y con los señalamientos de “colonialismo interno” que las mayorías dominantes imponen a las minorías. Tales resentimientos a su vez incentivan acciones políticas que resultan de nuevas y poderosas mezcolanzas, algunas de ellas claramente contradictorias e inconsistentes. Un ejemplo es este tipo de políticas que revuelven en un mismo paquete el radicalismo de izquierda o las metas socialistas, con el racismo mayoritario de derecha y el fundamentalismo religioso. El activismo político resultante –ejemplificado por huelgas, protestas y movilizaciones electorales y la violencia colectiva– concretizada por motines, terrorismo de estado y

contrainsurgencia guerrillera –terminan socavando a la “democracia parlamentaria” y a las instituciones de “la ley y el orden” sobre las que descansa la “sociedad civil” del pensamiento liberal.

Con relación a los conflictos étnicos que estamos discutiendo, obviamente no resultan atractivas las marcadas dualidades exclusionistas, tales como la estabilidad y la continuidad frente al cambio y la revolución; el declive de la tradición frente al ascenso de la modernidad; las realidades sacras primordiales frente a los intereses seculares de las agrupaciones modernas. En medio de estas disyuntivas queda el disputado medio terreno y la volátil presencia de ambas modalidades.

Los conflictos étnicos manifiestan y constituyen una dialéctica. Por una parte hay una tendencia universalizadora y homogenizadora que en las sociedades y países contemporáneos hace a la gente cada vez más parecida (independientemente de que haya un acceso desigual a capacidades, bienes y prestigio), pues todos desean los mismos beneficios sociales y materiales de la modernización, tales como los ingresos, los bienes materiales, la vivienda, saber leer y la escolaridad, los trabajos, la diversión y el prestigio social. Por la otra parte, esta misma gente también se considera diferente, y no necesariamente igual, a partir de su identidad asumida, la diferencia de la lengua, la membresía étnica y la raigambre a un terruño. En esta última apropiación, ellos pretenden que estas diferencias, y no aquellas derivadas de las habilidades técnicas y los logros alcanzados debieran ser las bases para la distribución de beneficios y recompensas modernas. Así se configura la tendencia particularizante y diferenciadora entre las poblaciones de las sociedades modernas.

Además, en las arenas políticas modernas el atractivo de las viejas afiliaciones y distinciones permite movilizar a la gente en una escala hasta ahora desconocida e imposible anteriormente, utilizando los medios modernos de comunicación y propaganda, y transmitiendo ideas tendenciosas a través de libros de texto impresos en las escuelas que hoy se multiplican en todas partes y desplegando energías, creativas y destructivas, a tales niveles como nunca antes se había conseguido, para organizar elecciones y movilizaciones masivas.

Estos desarrollos no son simplemente viejos vinos en botellas nuevas, o nuevos vinos en botellas viejas, porque están operando procesos de cambio mucho más poderosos según los cuales las viejas categorías y las definiciones de la identidad étnica se han revalorizado y han adquirido nuevas dimensiones y contornos. Por ejemplo, por el atractivo de las viejas categorías y de las demandas históricas, los cingaleses, los malayos y los fijianos en sus expresiones actuales son colectividades formadas en las épocas colonial tardía y poscolonial. Sus denominaciones étnicas y sus fronteras son en efecto porosas y flexibles. Simultáneamente podemos atestiguar que los nuevos valores de la modernización y el progreso –empleo industrial, habilidades profesionales o la práctica de la medicina moderna– están siendo reclasificados como derechos y privilegios suntuarios indexados como cuotas asignadas a los agrupamientos preexistentes de orden étnico, racial o nativo (indígena). El momento para convertirse en igual es el mismo que para reivindicarse como diferente. La ocasión para modernizarse es la misma que para inventar la tradición y para tradicionalizar las innovaciones, para revalorizar las viejas categorías como para

recategorizar los nuevos valores; para la benevolencia burocrática como para el uso burocrático de la fuerza; para la democracia participativa como para la guerra civil disidente. El momento no es simplemente para el orden, para el desorden, o para el orden contrario; es una mezcla de los tres. El conflicto étnico ubicuo y violento es uno de los signos de estos tiempos tan intensos que estamos viviendo y que apenas podemos verlo a través de los catalejos.

Al final del siglo XX ha ocurrido un número sorprendente de erupciones militantes y aparentemente “irracionales”. Estos ponen en tela de juicio aquellas confiables profecías de la post-ilustración de que el declive de la religión era inevitable, o en el mejor de los casos de que sobreviviría en una forma desmitologizada; de que las lealtades y sentimientos primordiales se disolverían en el olvido mientras que la integración nacional tomaría su lugar, o que serían arrastradas como restos flotantes de un naufragio por las corrientes de los procesos históricos mundiales. Estas explosiones violentas y que aparecen en todas partes también nos hacen dudar de nuestras explicaciones convencionales en las ciencias sociales acerca del orden, el desorden y el conflicto. Aunque sea en una forma inadecuada, debemos enfrentar este fenómeno de la violencia destructiva que acompaña hoy al conflicto étnico.

Traducción: ROBERTO MELVILLE Y PERLA FRAGOSO, 2008.

REFERENCIAS CITADAS

ANDERSON, BENEDICT

1985 *Imagined Communities*, Verso Editions-NLB, Londres.

BARTH, FREDERICK

1969 *Ethnic Groups and Boundaries*, Little, Brown. Bell, Daniel, Boston.

1975 "Ethnicity and Social Change", en *Ethnicity, Theory and Experience*, N. Glazer y D. Moynihan (eds.), Harvard University Press, Cambridge.

CONNOR, WALTER

1972 "Nation-Building or Nation Destroying", *World Politics*, 24 (3).

1973 "The Politics of Ethnonationalism", *Journal of International Affairs*, 27 (1), Esman, Millón J. (ed.).

1977 *Ethnic Conflict in the Western World*, Fanón, Franz, Cornell University Press, Ithaca.

1968 *The Wretched of the Earth*, Furnivall, J. S., Grove Press, Nueva York.

1939 *Netherlands India*, Cambridge University Press, Cambridge.

1948 *Colonial Policy and Practice*, Glazer, Nathan y Daniel P. Moynihan (eds.), New York University Press, Nueva York.

1975 *Ethnicity, Theory and Experience*, Horowitz, Donald L., Harvard University Press, Cambridge.

1985 *Ethnic Groups in Conflict*, Hussain, Akmal, University of California Press, Berkeley.

1987 "The Karachi Riots of 1986: Crisis of State and Civil Society in Pakistán", ponencia presentada en la Kathmandu Conference of the International Centre for Ethnic Studies, 15 a 17 de febrero, manuscrito sin publicar.

MOHAMAD, MAHATHIR BIN

1970 *The Malay Dilemma*, Nagata, Judith, Time Books International, Singapur.

1979 *Malaysian Mosaic. Perspectives from a Poly-Ethnic Society*, University of British Columbia Press, Vancouver.

SMITH, M. G.

1969^a "Some Developments in the Analytical Framework of Pluralism", en *Pluralism in Africa*, L. Kuper y M. G. Smith (eds.), University of California Press, Berkeley.

1969b "Institutional and Political Conditions of Pluralism", en *Pluralism in Africa*, L. Kuper y M. G. Smith (eds.), University of California Press, Berkeley.

TAGIL, SVEN, ED.

1984 *Regions in Upheaval*, Esselte Stadium, Estocolmo.

TAMBIAH, STANLEY J.

1986 *Ethnic Fratricide and the Dismantling of Democracy*, University of Chicago Press, Chicago.

THE NEW YORK TIMES

1988 15 de marzo.

TIME

1988 14 de marzo.

TYLOR, E. B.

1873 *Primitive Culture: Researches into the Development of Mythology, Philosophy, Religion, Language, Art and Custom*, vol. 1, John Murray, Londres.